

EL PINTOR ALBERT EDELFEIT

Y SU VIAJE POR ESPAÑA

POR

MAGNUS GRÖNVOLD

Correspondiente de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando.

EL pintor finlandés ALBERT EDELFELT nació en 1854. Aunque estudió primero filología, escogió luego la pintura, exponiendo por primera vez, con mucho éxito, en 1872. Durante el año 1873 estudió en Amberes, de donde se fue a París a ser alumno de Gérôme. En 1876 estuvo en Italia.

Se dedicó a la pintura de historia, granjeándole un éxito brillante su bello cuadro *La Reina Blanca* (1877), seguido por *El duque Carlos escarneciendo el cadáver de Klas Fleming*, episodio de la historia finlandesa. Durante una visita a su patria en 1879, pintó su *Conducción del cadáver de un niño*, cuadro que logró fama en el Salón de París de 1880, valiéndole una medalla.

Influido por la idea del pintor alemán Uhde de representar un asunto bíblico en un ambiente moderno, pinta su *Cristo y Magdalena*, basado en una canción popular finlandesa (1890). Al lado de una serie de cuadros religiosos, paisajes y cuadros de género, principalmente con asuntos de la vida popular de Finlandia, Edelfelt se ha hecho famoso por sus retratos *Pasteur en su laboratorio*, *La cantatriz Aino Achté*, *Retrato de su madre* y otros. También ha ejecutado importantes obras decorativas en su país. Al morir en 1905, estaba considerado como el mejor pintor de Finlandia.

Su arte, típico arte ochentista, es de porte aristocrático y de extraordinaria finura.

El éxito de *Conducción del cadáver de un niño*, la medalla y largos y encomiásticos artículos en los periódicos, hicieron entonces a Albert Edelfelt un artista famoso en París. Vendedores de cuadros de Europa y de los Estados Unidos le colmaron de pedidos, las grandes revistas ilustradas solicitaron su colaboración; amigos del arte y coleccionistas se hicieron presentar a él, fue invitado a fiestas y bailes.

Contentísimo del éxito, emprendió el viaje a su patria a pasar el ve-

rano. Antes de abordar un nuevo cuadro de Salón, pintó un par de retratos que le habían pedido. Al terminar éstos, el verano estaba ya tocando a su fin, y por eso regresó a París, instalándose en su nuevo taller de la Avenue Villiers, amueblándolo de la manera más bella posible.

Por Navidad empieza el retrato de su amigo el pintor francés Dagnan-Bouveret, que vive en la misma casa.

A mediados del otoño había recibido la noticia que le habían otorgado la beca Hoving y resolvió emplearla en un viaje por España en la primavera de 1881. Pero antes tenía que terminar un trabajo ya empezado, un cuadrito titulado *Chaz l'artiste*, un retrato del barón Portalis y otro del futuro diplomático J. B. Pasteur. Se había hecho amigo del último con motivo de una serie de artículos, *Les ateliers des jeunes*, publicados por este hijo del gran hombre de ciencia. Desde entonces Edelfelt fue un familiar en casa del doctor Pasteur, siendo agasajado de la manera más espléndida y considerado siempre como uno de los mejores amigos de la familia. Esta amistad la pagó luego con una de sus obras maestras: *El doctor Pasteur en su laboratorio*, cuadro famoso en todo el mundo.

Edelfelt no conocía el idioma castellano ni le gustaba viajar solo. Hubiera querido realizar el viaje por España en compañía de Sargent o de Benjamín Constant. Pero los dos habían estado allí el año anterior, por lo cual resolvió hacer el viaje con otros dos amigos: el norteamericano Boit y el francés Noël, ambos muy ricos y ambos pintores diletantes, aunque "diletantes de mucho talento", según repetía Edelfelt. Conocemos los detalles de este viaje por una serie de cartas del mismo artista a su madre.

Albert Edelfelt emprende su viaje a España el día 7 de abril de 1881, saliendo de París a las siete de la noche. Ya estaban en España sus dos amigos, Boit y Noël, y Edelfelt se juntaría con ellos en alguna ciudad española. Parece que, después de una visita a Madrid, habían pensado ir a Sevilla para presenciar la Semana Santa con sus procesiones; pero debido a grandes inundaciones en dicha ciudad, habían sido suspendidos todos los festejos de Pascuas, y por eso resolvieron ir primero a Granada.

Llegado Edelfelt a Madrid el día 9 de abril se alojó en una casa de

huéspedes francesa —en la calle de la Salud, número 13—, dirigida por Doménico Dupruhl, en la cual habían parado pintores tan famosos como Regnault, Sargent y Clairing. De su viaje recuerda la vista de Biarritz con toda la belleza primaveral: rosas y mar azul. Luego describe su entrada en España por Hendaya-Irún y el cambio repentino de la Naturaleza: los valles desnudos de los Pirineos, los viejos pueblos con sus iglesias, casas solariegas y castillos, todo pardo, pobre, lóbrego, pero de mucho carácter. Pasa la noche por Burgos y Valladolid, pero despierta a tiempo para ver, de lejos, a Avila en su desierto pedregoso de torrecillas de cantos. Le sorprende este paisaje, pues jamás había contemplado nada semejante. La visita de El Escorial aviva su recuerdo de Felipe II; le parece verle en vida, triste, tético. “Esta naturaleza pedregosa, huraña, quemada por el sol, tiene que engendrar o seres brutos o genios como Cervantes y Velázquez.”

Su primera visita en Madrid es para el Director de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, don Federico de Madrazo. Traía para él una carta de recomendación, y le recibe con mucha amabilidad. Es igualmente amable con él su segundo hijo, don Ricardo, quien le invita a pasar la noche con él. Al día siguiente visitan juntos las colecciones de pinturas de la Academia de San Fernando, donde Edelfelt se entusiasma con los cuadros de Goya y, sobre todo, con su *Maja*, “obra maestra de color”.

Edelfelt pasa tres días en Madrid, acompañado siempre de Ricardo de Madrazo, quien le lleva de acá para allá: al Museo del Prado, a colecciones particulares, a teatros, a cafés, al Buen Retiro, y en coche por la Castellana, donde tiene ocasión de ver al mundo elegante y donde le entusiasma la belleza de las madrileñas. Le lleva también a San Antonio de la Florida, y Edelfelt desborda los elogios ante los frescos de Goya: “lo más espiritual y caprichoso que se puede ver, admirables por su colorismo”.

¡Y el Museo del Prado! “La mejor galería del mundo, si no para un estético (no comprenden mucho), al menos para un pintor. Es como si todos los mejores pintores del mundo se hubieran citado: Tiziano, Rafael, Moro, Durero, Rubens, Van Dyck, para demostrar que no tienen

por qué avergonzarse al lado de Velázquez. Y así se ha creado la colección más admirable del mundo. Aquí pude admirar el mejor cuadro que he visto de Tiziano: un retrato de Felipe II. ¡Y Velázquez! Nadie ha pintado al óleo como él. ¡Y Goya! El colorista más excéntrico que ha habido, el verdadero precursor de la pintura moderna. Delacroix le ha copiado, Regnault tiene ideas de él, Fortuny y Madrazo se inspiraron en la obra de este genio singular.”

Es explicable que, al lado de tales maestros, Murillo no le cause tanta admiración, aunque acata su destreza; pero lo más extraño es que, al parecer, no haya tenido vista para El Greco. No lo menciona ni una sola vez en sus cartas. La hora del gran cretense no había llegado aún.

Para el día 10 de abril, Ricardo de Madrazo le había invitado a presenciar en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando la recepción de su tío don Pedro de Madrazo, crítico de historia del arte, y la contestación al Discurso de entrada de Mariano Roca de Togores, Marqués de Molíns. Pero no comprendiendo la lengua y teniendo además que hacer una visita, dejó de asistir a este acto.

En Madrid, Edelfelt compra una capa forrada de rojo para arroparse en el tren. El 11 de abril, a las seis de la tarde, deja la capital, y por Córdoba y Bobadilla va a Granada.

Este viaje duró veintiséis horas. De él recuerda La Mancha, patria de Don Quijote, con sus estepas infinitas. A las cinco de la mañana del 13. pasa por Sierra Morena y el Puerto de Despeñaperros. Admira este paisaje bravío, con sus altas peñas en forma de tubos de órgano, y recuerda que entre estas rocas rígidas hizo penitencia el Caballero de la Triste Figura, en cueros, dándose de calabazadas. ¡Y al otro lado, Andalucía! El mayor contraste de todo lo que hasta entonces le ha proporcionado España. Palmeras, robles, olivos, y por todas partes cactus y álces. ¡Esto es el Sur!

Llega a Menjíbar, Córdoba, Bobadilla. Luego otra vez la montaña. A las diez de la noche, Edelfelt oye, medio muerto de cansancio, al conductor gritando: “¡Granada!”. Se pone de pie de un salto, se apea del vagón, sube a un coche tirado por mulas y de este modo hace su entrada en Granada, en una maravillosa noche de luna de abril. Al pasar por la ciudad

mora, ve la colina de la Alhambra y Generalife, y las cumbres de Sierra Nevada formando el fondo. Avido y con palpitante corazón, se pone de pie en el pescante devorando con la mirada todo lo que le permiten ver los rayos de la luna. En los muros de una vieja casa percibe una pintura extraña; lleno de curiosidad, saca sus lentes para ver mejor. ¡Oh actualidad! ¡Oh prácticos norteamericanos! Es el anuncio de una máquina de coser de la marca "Singer".

Pasa por una puerta árabe, atraviesa una avenida de altos árboles frondosos y se detiene a la puerta de la Fonda de los Siete Suelos, junto al muro del alcázar árabe. Le reciben con júbilo sus amigos Boit y Noël, que habían pedido un cuarto para él. Además trae de parte de don Ricardo de Madrazo una recomendación para el dueño, José Gadea.

A pesar de su cansancio, desborda su entusiasmo ante Matilde, la hija mayor del fondista. Sus palabras encomiásticas para la bella andaluza ya las he citado en mi estudio sobre Hugo Birger, el pintor sueco que al siguiente año se casara con ella. Basta decir que esta primera noche de Edelfelt en Granada fue festejado con una comida de bienvenida salpicada de manzanilla —vino que le arranca a Edelfelt nuevas exclamaciones de entusiasmo—, y que los tres amigos y la bella muchacha estuvieron platicando hasta muy entrada la noche. Matilde sabía muy bien el francés; por eso Edelfelt se entretuvo mucho hablando con ella durante su estancia en Granada.

Al día siguiente se levanta temprano y recorre la colina de la Alhambra. Las maravillas que descubre por todas partes embargan todo su ser. "Todo el día he andado como ebrio, a pesar de no haber tomado vino. Esta mañana en la Alhambra, con Andalucía y Granada ante mí, con rosas y adelfas y el aire de primavera me ha producido tal estado de encanto que todavía me siento joven y capaz de hacer mucho, pues de no ser así ni mi pulso latiría con tanta vehemencia, ni mi corazón se sentiría tan ardoroso, ni mis ojos verían tan bien".

A las once le buscan sus dos amigos y juntos visitan el Generalife. Nueva admiración. Ve trabajando a algunos pintores españoles y resuelve empezar a pintar aquí.

Luego visitan el barrio gitano en el Albaicín, y en compañía de Boit pinta una acuarela.

En la Catedral ve algunas andaluzas *au teint bruni*. Las mujeres están arrodilladas en el suelo, porque en la Catedral, de un estilo de Renacimiento sobrecargado, pero no por eso menos magnífico, faltan sillas. Durante la Semana Santa, van todas vestidas de negro, y con mantillas los centenares de mujeres arrodilladas producen un efecto maravilloso.

Por la noche presencia el baile gitano. Hubiera sido interesante, de no haber alrededor una treintena de ingleses de ambos sexos que quitaban toda ilusión. Por lo demás, comprende que todo aquello es una mala farsa, con el fin de sacar dinero a las personas extranjeras. Sin embargo, bajo esta imitación grotesca del baile gitano, se puede vislumbrar lo que había sido originariamente. Las seis bailadoras son feísimas. Decepcionadísimo e irritado, Edelfelt regresa a la fonda. Le recibe con carcajadas la bella hija del fondista, y exclama: "*N'est-ce pas qu'elles sont horribles? Je vous l'avais bien dit*".

Con todo esto, regresa al Albaicín, empezando un estudio de una gitana de trece años. El cónsul inglés, que vive muy cerca y que también pinta, viene cada hora a hablar con él. Le cede su taller y su jardín para trabajar. Dice Edelfelt que al día siguiente procurará hacer un estudio de los jardines del Generalife.

El día de Resurrección presencia la procesión. Nuestra Señora de Granada hace su recorrido por las calles de la ciudad. Al salir de la Catedral, la imagen causa un entusiasmo indescriptible. Hay grandes ovaciones en el público, las mujeres lloran, se oyen tiros de escopeta e irrumpe la charanga. Lo que más entusiasmo a nuestro pintor son los balcones adornados de colgaduras de rojo y gualda y atestados de bellas mujeres con mantillas blancas y multicolores abanicos.

Sus dos amigos se han ido a Sevilla. Para ver mejor el paisaje y la vida popular, hacen el viaje parte en diligencia, parte a caballo. Tardarán así cuatro días en llegar a dicha ciudad. Edelfelt ha resuelto quedarse en Granada hasta el 21 de abril.

Una noche sube a la Torre de la Vela, en compañía de una familia